

RICARDO DONOSO Y LA CULTURA NACIONAL

Por Manuel Vega

SOBRE la mesa de Ricardo Donoso hay algunos ejemplares del tercer tomo del "Archivo de don Bernardo O'Higgins". Son los primeros que salen de las prensas, y el historiador no oculta su satisfacción. El volumen reproduce la correspondencia de don Antonio José de Irisarri con el Ministro de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores. La nota inicial está fechada el 12 de Enero de 1819 y la postrera el 31 de Diciembre de 1822. Nutridos tres años de negociaciones y expedientes, con 168 oficios que forman un volumen de curiosa y apasionante lectura. Por aquellas páginas — magníficamente ilustradas con un grabado de Irisarri y la reproducción de su firma autografa — pasan antecedentes del discutido empréstito contratado en Londres por el Ministro de Chile. El ilustre guatemalteco, escritor de raza, hombre de ingenio y de recursos, que dominaba la lengua y tenía estilo propio, es el fundador de nuestra diplomacia, el primer agente chileno acreditado en el exterior. Materias todas que Ricardo Donoso ha estudiado y expuesto concienzudamente en su primorosa biografía de Irisarri, acaso el más bello de sus libros históricos.

El director del Archivo Nacional es funcionario de severas disciplinas y escritor amante del orden y del buen gusto. Su despacho, amplio y luminoso, refleja fielmente la plucritud de su persona y de sus nobles hábitos de vida y de trabajo. Todo está ordenado y clasificado en esta sala, donde el investigador pasa las horas mejores de su existencia. Todo marcha regularmente, con precisión casi matemática; se resuelven con rapidez los asuntos del servicio, y los libros, una vez consultados, vuelven a su sitio. Sabe el hombre de letras donde están sus papeles y legajos, y de este modo encuentra sin dificultad los que necesita. Aquella sala, elegante y sobria, no parece el despacho de un escritor ni, mucho menos, de quien registra documentos llenos de polvo...

Sala acogedora, por eso mismo, donde se reúnen los bibliófilos chilenos y los miembros de la Sociedad de Historia y Geografía. Unos y otros, bajo la presidencia cordial de Ricardo Donoso, encuentran allí el ambiente propicio a sus gratas actividades.

He aquí, rápidamente bosquejados, la personalidad y el medio del funcionario y escritor a quien preocupan vivamente los problemas generales de nuestra cultura, y sobre los cuales hemos charlado, larga y espontáneamente, como buenos y viejos amigos. Ni cuestionario previo, ni plan preconcebido en la conversación. Fluían más bien los problemas en el curso de la charla y Ricardo Donoso respondía a mis preguntas con su franqueza habitual.

—¿Qué impresión general tiene usted de la Biblioteca y su funcionamiento?

—No muy buena, por cierto. Dos largos lustros de desidia y abandono, de incompetencia y falta del sentido de responsabilidad, determinan para el servicio un espectáculo desalentador, de desquiciamiento, de carencia de un plan orgánico y coherente. El personal ingresado en los últimos años carece de vocación, de preparación intelectual y científica, vegetando en labores rutinarias, sin que reciba ningún estímulo. Síntoma revelador de esa situación es el cuadro precario que ofrecen las publicaciones de la Biblioteca. —Y de los otros organismos depen-

dientes de la Dirección General, ¿qué piensa usted?

—No se trata sólo de la Biblioteca. Hay que considerar también los Museos, algunos de los cuales, como el de Historia Natural, con larga y honrosa tradición científica, yacen en la más bochornosa decadencia, en manos de aficionados, sin vocación por el estudio ni por las tareas de investigación científica. No se cumple con los deberes elementales, no se trabaja, no hay plan, ni deseos de molestarse.

—Entonces, ¿la tarea del nuevo director será abrumadora?

—Al nuevo director le aguarda una tarea ingrata, de alta responsabilidad, no sólo para la vida intelectual de la nación, sino ante las propias autoridades. Veamos algunos puntos fundamentales, en apariencia insignificantes, pero que atañen a la eficiencia misma del servicio. Es indispensable encarar la construcción del edificio para el Archivo Nacional en el paño de terreno que queda con frente a la calle Mac Iver, y cuya construcción fué autorizada por la ley de 1913, que dispuso la adquisición de los terrenos del antiguo monasterio de las monjas Clarisas. Han transcurrido más de treinta años desde la promulgación de esa ley, que lleva la firma del Presidente señor Barros Luco, sin que se haya atendido a esta clamorosa necesidad. Mientras se derrocha el dinero en cosas superfluas, no se atienden necesidades de alta importancia como la señalada. Bastaría un ejemplo desconsolador para comprobarlo. Hace pocos años se incendió el edificio fiscal del restaurant de la Quinta Normal, y antes de mucho tiempo fué reconstruido con fondos

nacionales. Mientras tanto — repito — han pasado más de treinta años desde la promulgación de la ley de 1913, y hasta la fecha no se inician las obras del edificio del Archivo Nacional.

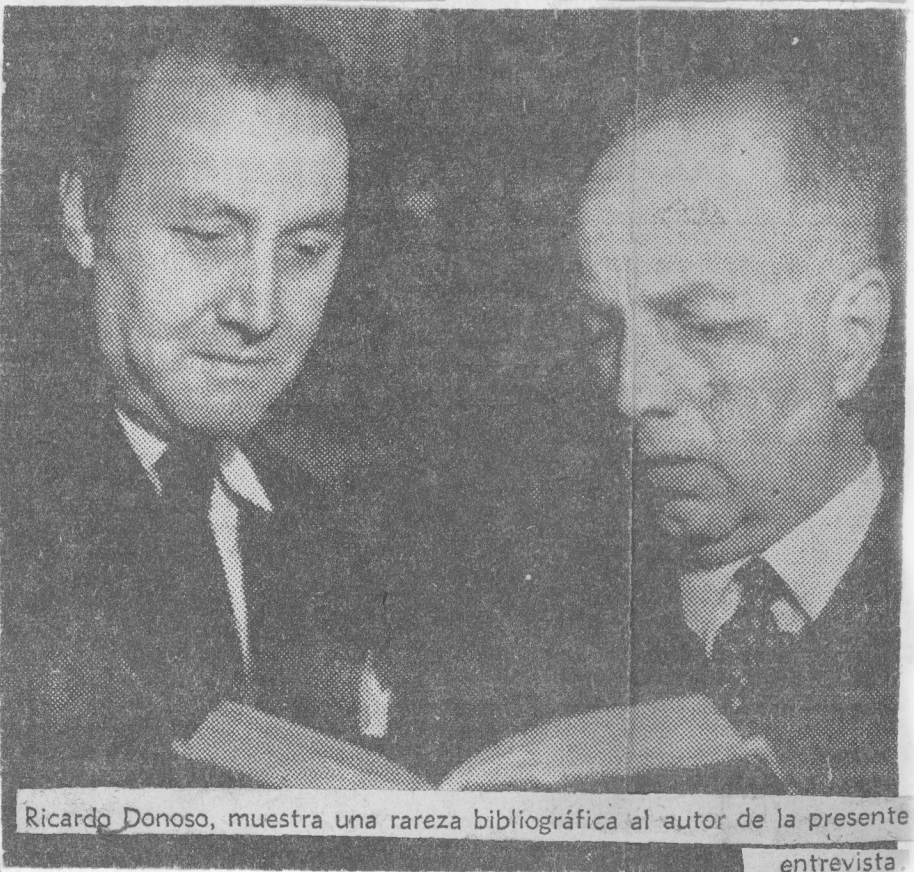
—¿Existen estos edificios especiales en otros países?

—No hay necesidad de referirse a lo que en esta materia han realizado otras naciones americanas para justificar la impostergable necesidad de encarar de inmediato esta obra. Estados Unidos construyó un magnífico palacio para sus Archivos Nacionales, con un costo de más de doce millones de dólares: otro tanto han hecho Colombia, Cuba, Perú y otras Repúblicas. El Archivo Nacional está en calidad de alojado en el edificio de la Biblioteca, y es de la mayor necesidad dotarlo de un local propio.

Veamos otro caso. El pabellón de la calle de la Moneda debe entregarse a la Biblioteca, y no destinarse a otra oficina pública. En él se tiene el propósito de instalar la sección de los periódicos chilenos, que actualmente se encuentran hacinados en un sótano de la Biblioteca, destruyéndose en medio de la humedad y el desaseo.

—¿No cree usted que la falta de apoyo de los poderes públicos ha determinado la desidia que todos lamentamos?

—Es posible. Pero, si el nuevo director tiene interés por su servicio no debe darse punto de reposo en recabar el apoyo de los poderes públicos para sus iniciativas; debe golpear a todas las puertas, molestarse, pedir, insistir, no quedarse encerrado en su oficina esperando que le vayan a prestar apoyo. ¿Creerá usted que,



Ricardo Donoso, muestra una rareza bibliográfica al autor de la presente entrevista.

tinar las últimas horas de la tarde al aseo de la casa, pero con el horario actualmente en vigencia esto resulta materialmente imposible. Hay que pensar también en la necesidad de descongestionar la Biblioteca del gran número de lectores que concurren a ella, en especial del lector golondrina, que entra y sale, y que sólo asiste para leer el diario o la revista del día. La necesidad de crear sucursales en los distintos barrios de la ciudad, que en más de una ocasión se ha señalado como indispensable, no parece cosa irrealizable si se obtiene la cooperación de las autoridades de la enseñanza pública. ¿No cree usted que con un gasto pequeño podrían establecerse sucursales de la Biblioteca central en los edificios escolares de la Escuela Normal, José Abelardo Núñez, Escuela Salvador Sanfuentes, Escuela Federico Errázuriz, Liceo Lastarria, Liceos Valentín Letelier y Barros Borgoño? Se podría dotar a esas sucursales de los diarios del día, de las publicaciones periódicas más importantes y, mediante un servicio directo de teléfonos, mantener una comunicación permanente con la Biblioteca central, en forma de poder atender con eficacia las necesidades y exigencias del público.

También es impostergable atender a la reencuadración de los periódicos, que se están destruyendo en un hacinamiento indescriptible, e instalar un taller de fotografía para la reproducción de libros y artículos, como los tienen todas las Bibliotecas del mundo, y para no citar otras, las de Washington y Buenos Aires.

—Y de las necesidades espirituales ¿qué puede decirme?

—Si de las necesidades materiales pasamos a las espirituales, nos encontramos aquí con un campo de acción mucho más amplio. En primer término el capítulo de las publicaciones de la Biblioteca está en el abandono más inaudito. ¿Es posible que no se dé a los moldes cada año un Anuario Bibliográfico, o sea una nómina de los trabajos que anualmente las prensas lanzan a la calle? Hasta las Bibliotecas más modestas realizan esta tarea y, en otra época, la realizó nuestra Biblioteca con regularidad, pero desde hace mucho tiempo ha caído en el más grande abandono. Es bochornoso para la cultura nacional establecer comparaciones en este terreno con lo que realizan algunas Bibliotecas americanas, especialmente las de Washington, Buenos Aires y Lima, para no citar otras. La primera publica dos revistas, la de Buenos Aires, una trimestral, y la de Lima una magnífica revista literaria e histórica, "Fénix", en la que se registran los trabajos de investigación del personal. ¿Habrá necesidad de referirse a la magnífica revista mensual de la Biblioteca Pública de Nueva York, verdadero modelo de selección del material y de información bibliográfica? No es que nos falten elementos, ni preparación para ello, sino que hay que estimular a los hombres que tienen verdadero interés por esta clase de trabajos. No debemos quedarnos en la publicación de un precario boletín con fichas bibliográficas.

Hay otras necesidades que merecen igualmente atención inmediata: me refiero a la mapoteca o colección de cartas geográficas, y a la conveniencia de enriquecer la colección de estampas, grabados y retratos relativos a la vida social, intelectual y política de Chile. Respecto

al primer punto es lamentable que no se haya hecho una tentativa para aprovechar las colecciones existentes, catalogándolas convenientemente. En este campo es necesario trabajar en estrecha cooperación con el Instituto Geográfico Militar, la Dirección de Estadística y los servicios hidrográficos de la Armada.

Además, hace falta una sala permanente de exposiciones, a fin de hacer con la mayor frecuencia exhibiciones. La Sección de Raros, como se llama en otras partes, o Museo Bibliográfico como lo denominamos nosotros, debiera estar permanentemente abierta al público.

—Al principio de nuestra conversación, abordó usted el tema de los museos y me agradaría que insistiera sobre él...

—Tiene usted razón. No hay que echar en olvido los Museos, que forman parte esencial del servicio. Es de la mayor necesidad seleccionar su personal, paulatinamente, hasta llegar a uno especializado, con alta preparación científica. ¿No es bochornoso para la cultura nacional que después de muertos los señores Oyarzún y Latcham no tengamos verdaderos especialistas en arqueología? Es indispensable crear la cátedra de arqueología en la Universidad, a fin de preparar a los jóvenes que sirvan en los Museos en esta especialidad, y si no hay ningún hombre capaz de desempeñarla habrá necesidad de contratar algún especialista en el extranjero.

Hay que abrir las puertas del servicio a los jóvenes con vocación por el estudio y la actividad científica, especialmente a los egresados del Instituto Pedagógico. Es indispensable dotar a los Museos, particularmente a los de Bellas Artes e Histórico Nacional, de los medios necesarios para fomentar sus colecciones, por cuanto los recursos que se les asignan actualmente resultan del todo exiguos e insuficientes.

Y Ricardo Donoso, insinúa todavía:

—Durante muchos años la Biblioteca mantuvo una estrecha vinculación con la Universidad, especialmente con la Facultad de Filosofía y Humanidades. Hay que volver a esa tradición, pues con los recursos que anualmente destina la Universidad para el fomento de su biblioteca, es de la mayor necesidad mantener con ella una relación permanente, ya que ambas instituciones constituyen los centros vitales de la vida espiritual de la nación.

Durante una hora, Ricardo Donoso había desarrollado en realidad todo un plan armónico de labor... Su vida no transcurrió impunemente en la ciudad de los libros y los viejos documentos. A medida que los años pasaron, fué como adentrándose en sus secretos, descubriendo sus necesidades y exigencias. Doble aprendizaje, de la realidad en torno y del propio y constante perfeccionamiento. De ahí que conozca el servicio hasta en sus menores detalles, sepa de sus fallas y no ignore sus posibilidades de reforma. Escritor y funcionario, gran funcionario, no concibe la Biblioteca Nacional como un simple organismo administrativo, donde los volúmenes deben estar ordenados y conservarse sólicitamente. Quiere que la Dirección General y sus oficinas dependientes, constituyan el centro vivo y fecundo de la actividad intelectual; que la vida cultural del país, en suma, reciba desde allí poderoso y animador impulso. Que la Biblioteca sea lo que no es ni ha sido en muchos años.

desde que la Biblioteca funciona en este palacio, no ha sido jamás visitada por ningún Presidente de la República en ejercicio de su cargo, y sólo por uno que otro Ministro que ha servido la cartera de Educación Pública?

—¿Puede entonces, a pesar de todo, desarrollarse una política bibliotecaria?

—Sin duda. Y es de la mayor necesidad que el nuevo director, con la ayuda de sus colaboradores más inmediatos, la inicie pronto, orientada en el propósito fundamental de hacer de la Biblioteca un centro de alta cultura. En esta casa, lo que tiene para nosotros mayor valor es la parte destinada a la actividad intelectual del pueblo chileno, de modo que la Biblioteca Nacional de Chile sea primordialmente lo que su título indica: el depósito del acervo espiritual de la nación. Para ello, hay necesidad de convertirla en el hogar natural de las instituciones culturales y científicas: la Academia de la Lengua, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la Academia de la Historia, la Sociedad de Escritores de Chile, la Alianza de Intelectuales, la Sociedad de Bibliófilos Chilenos y el Sindicato de Escritores.

—Ahora bien, ¿cuáles son, a su juicio, las necesidades materiales del servicio?

—Si comenzamos por las necesidades materiales debemos observar, en primer término, el estado de desaseo en que se encuentra el edificio: en algunas oficinas hace veinte años que no se lavan los vidrios, ni se enceran los pisos, lo que proviene especialmente de la falta de personal y del gran número de lectores que afluye a la Biblioteca. Lo lógico sería des-